

añosa selva en donde la poda es eterna. Les ruego, y ruego á Mr. Ampère, que leerá esto cuando haya yo desaparecido, á todos les pido que me conserven un recuerdo: les entrego el hilo de la vida cuyo cabo deja escapar Laquesis de mi huso. Mi inseparable compañero de marcha, Mr. Ballanche, se ha hallado solo al principio y al fin de mi carrera, y ha sido testigo de mis relaciones rotas por el tiempo, como yo lo he sido de las suyas arrastradas por el Ródano: los ríos minan siempre sus riberas.

La desgracia de mis amigos ha venido á pesar con frecuencia sobre mí, y nunca he esquivado esa sagrada carga: ha llegado el momento de la remuneración: dígnese un carino formal de ayudarme á soportar lo que á su peso añade la multitud de días malos. Al acercarme á mi fin me parece que todo lo que me ha sido querido lo ha sido en Mad. Recamier, y que esta era el manantial secreto de mis afecciones. Mis recuerdos de diferentes edades, así los de mis sueños, como los de mis realidades, se han petrificado, mezclado y confundido para formar un compuesto de encantos y de dulces padecimientos de que ella ha venido á ser la forma visible. Ella arregla mis sentimientos, así como la autoridad del cielo ha puesto la felicidad, el orden y la paz en mis deberes.

Yo he seguido á los viajeros por el sendero que apenas han hollado con sus plantas: pronto la adelantaré á otra patria. Al pasearse en medio de estas *Memorias*, en las revueltas de la basilica que me apresuro á concluir, podrá encontrar la capilla que aquí le dedico: quizá le agrade descansar en ella, donde he colocado su imagen.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

EMBAJADA DE ROMA. — TRES ESPECIES DE MATERIALES. — DIARIO DE VIAJE.

El libro precedente que acabo de escribir en 1839 se une á este libro de mi embajada de Roma, escrito en 1828 y 1829, hace diez años. Mis *Memorias*, como *Memorias*, han ganado con la historia de la vida de Mad. Recamier: otros personajes han sido traídos á la escena: se ha visto á Nápoles bajo Murat, á Roma bajo Bonaparte, al papa vuelto en libertad á San Pedro; se han conservado cartas inéditas de Mal. de Stael, de Benjamin Constant, de Canova, de Laharpe, de Mad. de Genlis, de Luciano Bonaparte, de Moreau, de Bernadotte, de Murat: escritos de Benjamin Constant le presentan bajo un nuevo aspecto. He introducido al lector en un pequeño *canton separado* del imperio, mientras que este imperio cumplía su movimiento universal: ahora me veo conducido á mi embajada de Roma. Así habrá descansado el lector de mí con un asunto extraño, y siempre habrá sido un beneficio para él.

Para este libro de mi embajada de Roma han abundado los materiales, que son de tres clases.

Los primeros contienen la historia de mis sentimientos íntimos, y de mi vida privada, referida en las cartas escritas á Mad. Recamier.

Los segundos exponen mi vida pública, y son los despachos.

Los terceros son una mezcla de pormenores históricos sobre los papas; sobre la antigua sociedad de Roma; sobre los cambios ocurridos en esa sociedad de siglo en siglo.

Entre esas investigaciones se hallan pensamientos y descripciones, fruto de mis paseos. Todo esto ha sido escrito en el espacio de siete meses, tiempo de la duración de mi embajada, en medio de las fiestas ó de ocupaciones graves (1). Sin embargo, mi salud estaba

(1) Al volver á leer estos manuscritos no he hecho más que añadir algunos pasajes de obras publicadas con posterioridad á la fecha de mi embajada de Roma.

quebrantada: yo no podía levantar los ojos sin experimentar deslumbramientos: para admirar el cielo me veía obligado á colocarlo á mi alrededor, subiendo á lo alto de algun palacio. Pero yo curé el cansancio del cuerpo con la aplicación del espíritu: el ejercicio de mi pensamiento remueve mis fuerzas físicas: lo que mataría á otro á mí me hace vivir.

Al revisar todo esto, me ha llamado una cosa la atención: al llegar á la ciudad eterna siento cierto disgusto, y creo por un momento que todo ha cambiado; poco á poco se apodera de mí la fiebre de las ruinas, y concluyo, como mil otros viajeros, por adorar lo que en un principio me habia dejado frío. La nostalgia es la aspiración al país natal en suelo extranjero: en las orillas del Tiber, se padece tambien el *mal del país*; pero produce un efecto opuesto á su efecto acostumbrado, pues se encuentra un acometido del amor de la soledad y del disgusto de la patria. Yo habia experimentado ya ese *mal* en mi primer permanencia, y he podido decir:

Agnosco veteris vestigia flammae.

Sabido es que en la formación del ministerio Martignac el solo nombre de la Italia habia disipado el resto de mis repugnancias; pero nunca estoy seguro de mis disposiciones en materia de alegrías. No bien hubie marchado con Mad. de Chateaubriand, cuando en el camino me acometió una tristeza natural. Fácil será convencerse de ello por mi diario de viaje.

Lausana 22 de setiembre de 1828.

«He salido de Paris el 16 del mes actual, y el 17 pasé á Villeneuve sobre el Ionne: ¡cuántos recuerdos! Joubert ha desaparecido: el palacio abandonado de Passy ha mudado de dueño: se me dijo: — «Sed la cigarra de la noche.» *«Esto cicada nocturnum.»*

Arona 25 de setiembre.

«Al llegar á Lausana el 22, seguí el camino por donde han desaparecido otras dos mujeres que me habian querido bien, y que en el orden de la naturaleza, me debian sobrevivir: la una la marquesa de Custines, fué á morir á Bex; y la otra, la duquesa de Duras, no hace todavía un año corria al Simplon, huyendo ante la muerte que la asaltó en Niza.

«Noble Clara, digna y constante amiga! Tu memoria no vive ya en estos lugares: los ojos se apartan de esta tumba, tu nombre se borra, y el mundo te olvida.

«El último billete que recibí de Mad. de Duras revela la amargura de esta última gota de la vida que tenemos todos que apurar.»

Niza 14 de noviembre de 1828.

«Os he enviado un *asclepias carnata*: este es un laurel rampante que no teme el frío, y tiene una flor encarnada como la camelia, que huele muy bien; colocado debajo de las ventanas de la biblioteca del Benedictino.

«Os diré una palabra acerca de mí: siempre lo mismo: me voy aniquilando poco á poco en mi canapé, donde paso todo el día; es decir, todo el tiempo que no voy en carruaje ó de paseo, lo que no puede pasar de media hora. Medito sobre lo pasado: ha sido mi vida tan agitada y variada, que no puedo decir que sienta grande aburrimiento: con solo que pudiera coser ó bordar, no me tendria por desgraciada. Mi vida presente está tan lejos de mi vida pasada, que me parece que estoy leyendo memorias ó viendo un espectáculo.

«Así es que volví á Italia privado de mis apoyos,

como habia salido de ella hace veinte y cinco años. Pero en aquella primera época yo podía reparar mis pérdidas: hoy ¿quién habia de querer asociarse á algunos días cansados? Nadie se cura de vivir en una ruina.

«En la aldea misma de Simplon vi la primer sonrisa de una aurora feliz. Las rocas, cuya base se extendia ennegrecida á mis piés, resplandecian sonrosadas á lo alto de la montaña, heridas por los rayos del sol. Para salir de las tinieblas basta elevarse hacia el cielo.

«Si la Italia habia perdido algo de su brillo cuando mi viaje á Verona en 1822, en este año de 1828 me pareció mas descolorida aun: he medido los progresos del tiempo. Recostado en el balcon de la posada en Arona, contemplaba las riberas del lago Mayor, teñidas con el sol de Poniente y bordeadas de olas azuladas. Nada habia mas dulce que aquel paisaje que realzaba el castillo con sus almenas. Aquel espectáculo no me causaba placer ni sentimiento. Los años de la primavera se asocian á todo lo que le hace ver sus esperanzas: un joven camina errante con sus amores ó con los recuerdos de la dicha ausente. Si no tiene vinculo ninguno, lo busca, y se le sonjea de encontrar á cada paso alguna cosa: acompañante pensamientos de felicidad, y esa predisposición de su alma se refleja sobre los objetos.

«Ademas, veo menos la pequenez de la sociedad actual cuando me encuentro solo. Entregado á la soledad en que Bonaparte dejó al mundo, oigo apenas las generaciones débiles que pasan y suspiran á orillas del desierto.»

Bolonia 28 de setiembre de 1828.

«En Milan he contado en menos de un cuarto de hora diez y siete jorobados que han pasado por delante de la ventana de mi posada. La peste alemana ha hecho deforme á la joven Italia.

«He visto en su sepulcro á San Carlos Borromeo, cuya cuna habia tocado en Arona. Hacía doscientos cuarenta y cuatro años que estaba muerto, y nada tenia de hermoso.

«En Borgo San Donnino acudió apresurada Mad. de Chateaubriand á mi cuarto á horas altas de la noche: habia visto caer sus vestidos y su sombrero de paja de las sillas en que estaban colgados, y habia deducido que nos hallábamnos en una posada visitada por los espíritus ó habitada por ladrones. Yo no habia experimentado conmoción ninguna en mi cama, pero se habia hecho sentir un temblor de tierra en el Apenino: lo que derroca las ciudades bien puede hacer caer los vestidos de una mujer. Eso dije á Mad. de Chateaubriand, y le añadí tambien que habia atravesado sin accidente en España, en la vega del Jenil, una aldea que la vispera habia sufrido un temblor subterráneo. Estos consuelos no tuvieron el menor éxito, y nos apresuramos á abandonar aquella caverna de asésinos.

«La continuación de mi viaje me fue mostrando por todas partes la fuga de los hombres y la inconstancia de las fortunas. En Parma hallé el retrato de la viuda de Napoleón: esta hija de los Césares es ahora la mujer del conde de Nieperg: esta madre del hijo del conquistador ha dado hermanos á aquel hijo, y hace garantizar las deudas que contrae por un Borbon que vive en Luca, y que debe, en su caso, heredar el ducado de Parma.

«Bolonia me parece menos desierta que en la época de mi primer viaje. He sido recibido en ella con todos los honores que se tributan á los embajadores: visité un hermoso cementerio, pues yo nunca olvidó á los muertos: esta es nuestra familia.

«Nunca habia admirado tanto á los Carracios como en la nueva galería de Bolonia. He creído ver á la santa Cecilia de Rafael por la primera vez; mucho mas

divina estaba, que en el Louvre bajo nuestro cielo pintarrajado de hollin.»

Rávena 1.º de octubre de 1828.

«En la Romaña, país que no conocia, se ven diseminados en lo alto de diferentes montecillos, como compañías de pichones blancos, una multitud de pueblos con sus casas revestidas de una cal de mármol. Cada uno de esos pueblos ofrece algunas obras maestras de las artes modernas ó algunos monumentos de la antigüedad. Aquel canton de la Italia contiene toda la historia romana: seria preciso recorrerlo con Tito Livio, Tácito y Suetonio en la mano.

«Pasé por Imola, obispado de Pio VII, y por Faenza. En Forlì me separé de mi camino para visitar el sepulcro de Dante en Rávena. Al acercarme al monumento, se apoderó de mí un estremecimiento de admiración que causa una gran reputación: cuando esa reputación ha sido de desgracia. Alfieri, que tenia sobre la frente *il pallor della morte è la speranza*, se prosternó sobre aquel mármol, y le dirigió esta exclamación: — ¡Oh, gran padre *Alighier!* Delante del sepulcro me aplicaba este verso del purgatorio:

Frate.

Il mondo è cieco, è tu vien ben da lui.

«Apreciásemme Beatriz, y yo la veía tal como estaba cuando inspiraba á su poeta el deseo de *suspirar y de morir de llanto*.

Di sospirare e di morir di pianto.

«¡Oh piadoso canto mio! dice el Padre de las musas modernas: anda con lágrimas ahora á buscar á las mujeres y á las jóvenes á quienes tus hermanas habian acostumbrado á llevar la alegría! Y tú, que eres hija de la tristeza, vete desconsolada á vivir con Beatriz.

«Y sin embargo, el creador de un nuevo mundo de poesía olvidó á Beatriz, cuando esta abandonó la tierra, y no volvió á hallarla para adorarla en su genio, sino cuando estuvo desengañado. Beatriz le reconviene cuando este se prepara á mostrar el cielo á su amante. — Yo lo he sostenido (á Dante), dijo á las potencias del paraíso; lo he sostenido algun tiempo con mi rostro y mis ojos de niña; pero cuando toqué al umbral de mi segunda edad y cambié de vida, me abandonó y se entregó á otros.

«Dante rehusó volver á su patria al precio de un perdón, y respondió á un pariente suyo: — «Si para volver á Florencia no hay mas camino que el que se me ha abierto, no volveré. En todas partes puedo contemplar los astros y el sol.» Dante negó sus dias á los florentinos, y Rávena les negó sus cenizas, á la sazón misma que Miguel Angel, genio resucitado del poeta, se prometia decorar en Florencia el monumento fúnebre del que habia aprendido *come l'uom s'eterna*.

«El pintor del *Juicio final*, el escultor de *Moisés*; el arquitecto de la *cúpula de san Pedro*; el ingeniero del *antiguo baluarte de Florencia*; el poeta de los *sonetos dirigidos á Dante*, se unió á sus compatriotas y apoyó con estas palabras la exposicion que presentaron á Leon X: *Io Michel Agnolo, scultore, il medesimo a vostra santità supplico; offerendomi aldivin poeta fare la sepultura sua condecete ed in loco onorevole in questa città.*

«Miguel Angel, cuyo cincel quedó engañado en su esperanza, acudió á su lápiz para erigir á ese otro el mismo otro mausoleo. Dibujó los principales asuntos de la *Divina comedia* en las márgenes de un ejemplar en folio de las obras del gran poeta. El buque que llevaba de Liorna á Civitavecchia ese doble monumento, naufragó.

«Volvíame todo conmovido y sintiendo algo de esa conmoción mezclada de terror divino que experimenté en Jerusalén, cuando mi *cicerone* me propuso conducirme á la casa de lord Byron. ¿Y qué me importaban Childe-Harold y la signora Giuccioli en presencia de Dante y de Beatriz? A Childe-Harold le faltan todavía la desgracia y los siglos : que aguarde el porvenir. Byron fue mal inspirado en su profecía del Dante.

«Volví á hallar á Constantinopla en San Vidal y San Apolinario. Honorio y su gallina nada me importaban y me agradaba mas Placidia y sus aventuras, cuyo recuerdo se me presentaba en la basilica de San Juan Bautista : esta es la novela entre los bárbaros. Teodorico permanece grande, á pesar de haber hecho morir á Boecio. Aquellos godos eran de una raza superior. Amalazonte, desterrada á una isla del lago de Bolsena, se esforzó con su ministro Casiodoro en conservar todo lo que quedaba de la civilización romana. Los excarcaslev aron á Rávena la decadencia de su imperio. Rávena fue bombardeada en tiempo de Astolfo, y los Carolingios la devolvieron á Roma. Hizose súbdita de su arzobispo ; luego se cambió de república en tiranía ; y finalmente, despues de haber sido güelfa ó gibelina ; despues de haber formado parte de los Estados Venecianos, volvió á la Iglesia en tiempo del papa Julio II, y no vive hoy sino por el nombre de Dante.

«Esta ciudad, que Roma encarnó en suseno en edad avanzada, tuvo desde su origen algo de la vejez de su madre. A turbio correr viviria yo bien aqui, y me agradaría ir á la columna de los franceses, erigida en memoria de la batalla de Rávena. Allí se hallaron el cardenal de Médicis (Leon X) y Ariosto, Bayardo y Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand. Allí fue muerto, á la edad de veinte y cuatro años, el gallardo Gaston de Foix. A pesar de toda la artillería disparada por los españoles, los franceses avanzaban siempre, dice el *Leal Servidor*; desde que Dios crió el cielo y la tierra no ha habido un asalto mas terrible entre franceses y españoles. Descansaban unos delante de los otros á fin de tomar aliento, y luego, bajando los ojos, volvian á la carga gritando : ¡ *Francia y España!* No quedaron de tantos caballeros mas que unos cuantos guerreros, que habiendo conquistado entonces la gloria vistieron el sayal.

«Veíase tambien en alguna cabaña á una jóven que dando vueltas á su huso enredaba sus delicados dedos en el cáñamo : aquella jóven no estaba acostumbrada á semejante vida ; era una Trivulcia. Cuando al través de su puerta entreabierta veia reunirse dos olas en la extension de las aguas, sentia aumentarse su tristeza : aquella mujer habia sido amada de un gran rey, y continuaba marchando tristemente por un camino aislado desde su cabaña á una iglesia abandonada y desde esta á su cabaña.

«La antigua selva que yo atravesaba estaba compuesta de pinos aislados que parecian mástiles de galeras enclavados en la arena. El sol estaba próximo á su ocaso cuando salí de Rávena, y á lo lejos oí el sonido de la campana que llamaba á los fieles á orar.»

Ancona 3 y 4 de octubre.

«De vuelta á Forli, lo dejé otra vez sin haber subido sobre sus ruinosos baluartes, sin saber cuál fue el sitio en donde la duquesa Catalina Sforzia declaró á sus enemigos, preparados á degollar á su hijo único, que todavía podia ser madre. Pio VII, natural de Casena, fue fraile en el admirable convento de la *Madona del Monte*.

«Atravesé junto á Savignano el lecho de un pequeño torrente : cuando me dijeron que habia dejado el Rubicon, me pareció que se levantaba un velo y veia la tierra del tiempo de César. Mi Rubicon, para mí,

es la vida, y desde hace mucho tiempo he pasado ya su primera orilla.

«En Rimini no encontré ni á Francisca ni la otra sombra de su compañera que parecían tan ligeras al viento.

E pajon si al vento esser leggieri.

Rimini, Pésaro, Fano y Sinigaglia me condujeron á Ancona sobre puentes y caminos dejados por los Augustos. En Ancona se celebra hoy la fiesta del papa, y oigo la música en el arco triunfal de Trajano: doble soberanía de la ciudad eterna.»

Loreto 5 y 6 de octubre.

«Hemos venido á dormir á Loreto. El territorio presenta un *espejimen* perfectamente conservado de la *colonia romana*. Los aldeanos arrendatarios de *Nuestra Señora* viven cómodamente y parecen dichosos : las aldeanas, hermosas y alegres, llevan una flor en sus cabellos. El prelado gobernador nos dió hospitalidad. Desde lo alto de los campanarios, y desde la cima de algunas eminencias de la ciudad, se divisan perspectivas risueñas sobre las campiñas; sobre Ancona y sobre el mar. Por la noche tuvimos tempestad, y me complacia en ver la *valentia moralis* y la fumaría de las cabras doblarse al viento bajo las galerías de dos pisos construidos segun los dibujos de Bramante. Aquellas piedras serán azotadas por las lluvias de otoño, y aquellos manojos de yerba se estremecerán al soplo del Adriático mucho tiempo despues que yo haya pasado.

«A las doce de la noche estaba yo recogido en un lecho de ocho piés cuadrados, consagrado por Bonaparte : una lamparilla iluminaba apenas la oscuridad de mi cuarto; de repente se abre una puerta pequeña, y veo entrar misteriosamente á un hombre acompañado de una mujer que tenia un velo echado. Me incorporo sobre el codo, y le miro. El se acerca á mi cama y se apresura incliniándose hasta el suelo, á pedirme mil perdones por turbar de aquel modo el sueño del señor embajador ; pero es viudo ; es un pobre intendente que desea casar á su *ragazza*; allí presente, pero desgraciadamente le falta algo para su dote. En esto levanta el velo de la huérfana, que era descolorida, muy linda, y tenia los ojos bajos con una modestia pudorosa. Aquel padre de familia queria al parecer marcharse y dejar á la novia que me acabase su historia. En aquel peligro inminente no pregunté al obsequioso infortunado, como preguntó el buen caballero á la madre de la muchacha de Grenoble, si era virgen, sino que á toda prisa cogi algunas monedas de oro de la mesa que estaba junto á mi cama, y las di, para hacer honor al rey mi amo, á la *zitella*, cuyos ojos no estaban hinchados en fuerza de haber llorado. Ella me besó la mano con infinito reconocimiento : yo no pronuncié una palabra, y volviéndome á dejar caer sobre el inmenso lecho, como si quisiese dormir desapareció la vision de San Antonio. Di gracias á mi patrono San Francisco, cuya fiesta era aquel dia, y permaneci en las tinieblas, medio risueño y medio pesaroso, profundamente admirado de mis virtudes.

«Así era, no obstante, como yo sembraba el oro y era embajador, alojado con toda pompa en casa del gobernador de Loreto, en aquella misma poblacion en que el Taso se habia visto hospedado en tan mezquino chiribitil y en donde, por falta de un poco de dinero, no podia continuar su camino. Pagó su deuda á Nuestra Señora de Loreto con su *canzone* :

Ecco fra, le tempeste y fieri venti.

«Mad. de Chateaubriand hizo penitencia de mi fortuna pasajera, subiendo de rodillas los escalones de la

Santa Chiesa. Despues de mi victoria de la noche, habria tenido mas derecho que el rey de Sajonia para depositar mi traje de boda en el tesoro de Loreto; pero nunca me perdonaré á mí pobre hijo de las musas, haber sido tan poderoso y feliz en donde el cantor de la Jerusalem habia sido tan débil y miserable. Torcuato, no me contemples en este momento extraordinario de mis inconstantes prosperidades : la riqueza no es mi costumbre : considérame en mi viaje á Namur, en mi granero de Londres, en mi enfermería de París á fin de hallarme alguna lejana semejanza contigo.

«No dejé, como Montaigne, mi retrato en plata en Nuestra Señora de Loreto, ni el de mi hija, *Leonora Montana*, *filia unica* : nunca he deseado sobrevivirme; pero sí una hija, y que llevase el nombre de Leonor.»

Spoletto.

«Despues de dejar á Loreto, y pasar por Macerata y Tolentino que marca un paso de Bonaparte y recuerda un tratado, subí las últimas escabrosidades del Apenino. La meseta del monte está húmeda y cultivada como un plantío de lúpulos. A la izquierda estaban los mares de Grecia, á la derecha los de Iberia, y podia verme halagado á la vez por el soplo de las brisas que habia respirado en Atenas y Granada. Bajamos hácia la Umbria caracoleando en las volutas de las gargantas exfoliadas, donde en grupos de bosque se hallan suspendidos los descendientes de aquellos montañeses que suministraron soldados á Roma despues de la batalla de Trasimeno.

«Foligno poseia una Virgen de Rafael que está hoy en el Vaticano. *Vene*, en una posición encantadora, está en el nacimiento del Clitumno. El Poussino ha reproducido este punto ardiente y suave : Byron lo cantó friamente.

«Spoletto ha sido cuna del papa actual. Segun mi correo Giorgini, Leon XII habia puesto en esta ciudad los galeotes para honrar su patria. Spoletto se atrevió á resistirse á Anibal, y muestra muchas obras de Lippi el antiguo, que, educado en un claustro, esclavo en Berbería, especie de Cervantes entre los pintores, murió á los sesenta años cumplidos del veneno que le dieron los parientes de Lucrecia, seducida por él, á lo que se creia.»

Civita-Castellana.

«En Monte-Lupo el conde Potoski se sepultó en encantadoras Lauras ; ¿pero no le siguieron los pensamientos de Roma? ¿No se veía trasladado en medio de los *coros de doncellas*? Y yo tambien, como San Gerónimo, pasé en mi tiempo el dia y la noche en exhalarme gemidos, y en herirme el pecho hasta que Dios me enviara la paz. Siento no ser ya lo que he sido : *plango me non esse quod fuerim*.

«Despues de pasar las ermitas de Monte-Lupo, principiámos á rodear el Somma. Yo habia seguido ya este camino en mi primer viaje de Florencia á Roma por Perusa, acompañando á una mujer moribunda...

«En la naturaleza de la luz, y por una especie de viveza de las cercanías, me hubiera creído en una de las cimas de los Alleghnanis, si no fuese porque un elevado acueducto, coronado por un estrecho puente, me recordaba una obra de Roma, en que habian puesto mano los duques lombardos de Spoletto : los americanos no han llegado aun á esos monumentos que vienen en pos de la libertad. Subí el Somma á pie junto á unos bueyes del Clitumno, que arrastraban triunfalmente á la señora embajadora. Una jóven cabrera delgada, ligera y graciosa como su cabritilla, me seguia con un hermanito suyo en aquellos opulentos campos pidiéndome la *carità*, la cual le di en memoria de Mad. de Beaumont, de quien no se acuerdan ya aquellos sitios.

«Alas! regardless of their doom  
The little victims play :  
No sense have they of ills to come.  
Nor care beyond to-day.

«¡ Ay! ¡ Sin cuidado por su suerte, juguetean las pequeñas víctimas! ¡ Ni preven males futuros, ni se cuidan mas que del dia!»

«Volví á hallar á Terni con sus cascadas. Una tierra plantada de olivos me condujo á Narni : luego, pasando por Otricoli, fuimos á parar á la triste Civita-Castellana. Hubiera querido ir á *Santa Maria de Falleri* para ver una ciudad que no tiene mas que la piel, su recinto : en lo interior estaba vacia : miseria humana hace pensar en Dios. Dejemos pasar mis grandezas, y volveré á buscar la ciudad de los Faliscos. Desde el sepulcro de Neron voy á mostrar mis luego á mi mujer la cruz de San Pedro, que domina la ciudad de los Césares.»

CARTAS A MAD. RECAMIER.

Acábase de recorrer mi diario de viaje : ahora se van á leer mis cartas á Mad. Recamier, entremezcladas, como ya lo he anunciado, de páginas históricas.

Paralelamente van tambien mis despachos, y aquí es donde aparecen distintamente los dos hombres que existen en mí.

A Mad. Recamier.

Roma 11 de octubre de 1811.

«He cruzado esta hermosa comarca, llena de vuestros recuerdos : mucho me consolaban estos, sin quitarme, no obstante, la tristeza de los demás recuerdos que á cada paso encontraba. He vuelto á ver ese mar Adriático, que habia cruzado hace mas de veinte años. ¡ Y en qué disposición de ánimo! En Terni me detuve con una pobre moribunda. Al fin he entrado en Roma. Sus monumentos, despues de los de Atenas, me han parecido, como temia, menos perfectos. Mi memoria de los sitios, admirable y cruel á la vez no me habia dejado olvidar una sola piedra.

«A nadie he visto aun, á excepcion del secretario de Estado, el cardenal Bernetti. Por tener con quien hablar fui ayer al anochechar á buscar á Guerin, que pareció altamente gozoso con mi visita. Abrimos una ventana que daba á Roma, y admiramos el horizonte. Es la única cosa que ha quedado para mí tal como la ví : mis ojos y los objetos han cambiado, y quizás ambos á dos.»

LEÓN XII Y LOS CARDENALES.—LOS EMBAJADORES.

Los primeros momentos de mi permanencia en Roma fueron empleados en visitas oficiales. Su Santidad me recibió en audiencia particular : las audiencias públicas no están ya en uso, y cuestan muy caras. Leon XII, príncipe de elevada estatura, y de aire á la vez sereno y triste, va vestido con una simple sotana blanca : no tiene fausto ninguno, y ocupa un gabinete pobre y casi sin muebles. Apenas come, y se mantiene con su gato con un poco de *polenta*. Conoce que está muy enfermo, y se ve desmejorar con una resignación que participa de la alegría cristiana : de buen grado pondría, como Benito XIII, un ataud debajo de su cama. Cuando llegué á la puerta de las habitaciones del papa, un eclesiástico me condujo por corredores oscuros hasta el asilo ó santuario de Su Santidad. Ni siquiera quiso que le vistiesen, por temor de hacerme esperar : levantóse, y salió á recibirme, sin permitirme hincar una rodilla en tierra para

besarle el extremo de su traje, en vez de su chinela: en seguida me condujo de la mano hasta una silla colocada á la derecha de su pobre sillón. Sentados ambos, entramos en conversacion.

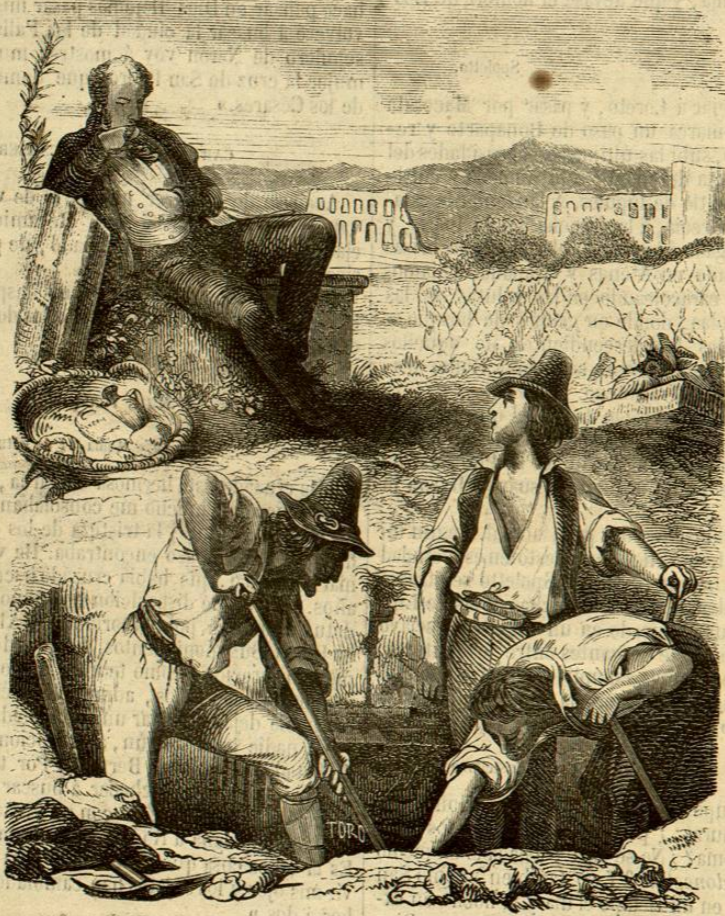
El lunes fui á las siete de la mañana á casa del secretario de Estado, Bernetti, hombre de negocios y de genio alegre: está relacionado con la princesa Doria, conoce el siglo, y no ha aceptado el capelo de cardenal sino muy á su pesar. Reusó entrar en la iglesia; no es subdiácono mas que por nombramiento, y podria casarse cuando quisiera, devolviendo el capelo. Cree en revoluciones, y llega hasta pensar que

si su vida es larga verá probablemente la caída temporal del pontificado.

Los cardenales están divididos en tres partidos.

El primero se compone de los que quieren marchar con la época, y entre quienes figuran Benvenuti y Opizzoni. Benvenuti se ha hecho célebre por la estirpacion de los bandoleros y por su mision á Rávena, despues del cardenal Rivarola. Opizzoni, arzobispo de Bolonia, se ha conciliado las diferentes opiniones en esta ciudad industrial y literaria, difícil de gobernar.

El segundo partido se forma de los *Zelanti*, que



CHATEAUBRIAND EN LAS RUINAS DE ROMA.

intentan retrogradar: uno de sus jefes es el cardenal Odescalchi.

Por último, el tercer partido comprende los inmóviles, ancianos que no quieren ó no pueden marchar adelante ni atras; entre estos se cuenta el cardenal Vidoni, especie de gendarme del tratado de Tolentino, grueso y alto, rostro encendido y solideo atravesado. Cuando se le dice que tiene probalidades de subir al pontificado, responde: *Lo santo spiritu sarebbe dunque ubriaco*. Planta árboles en Ponte Molle, en donde Constantino hizo el mundo cristiano. Yo veo esos árboles cuando salgo de Roma por la puerta del Pueblo, para volver por la puerta Angélica. En cuanto me divisa el cardenal, me grita: ¡Ah! ¡Ah, signor ambasciadore di Francia! y luego se enoja contra los que plantan sus pinos. No observa la etiqueta cardenalicia, y se hace acompañar por un solo lacayo en

un carruaje de capricho suyo; todo se lo perdonan con llamarle *Mad. Vidoni* (1).

Mis colegas de embajada son el conde Lutzow, embajador de Austria, hombre cortés: su mujer canta bien: siempre el mismo aire, y habla continuamente de sus niños. El sabio baron Bunsen, ministro de Prusia y amigo del historiador Niebuhr (actualmente estoy en tratos con él para el arrendamiento á mi favor de su palacio sobre el Capitolio). El ministro de Rusia, principe de Gagarin, desterrado en las grandezas pasadas de Roma por amores desvanecidos: si él fue preferido por la hermosa dama Narischkin, habitante un momento de mi antigua ermita de Aulnay,

(1) Cuando marché de Roma me compró mi carruaje, y me hizo la honra de morirse en él yendo á Ponte Molle. (Nota de París, 1836.)

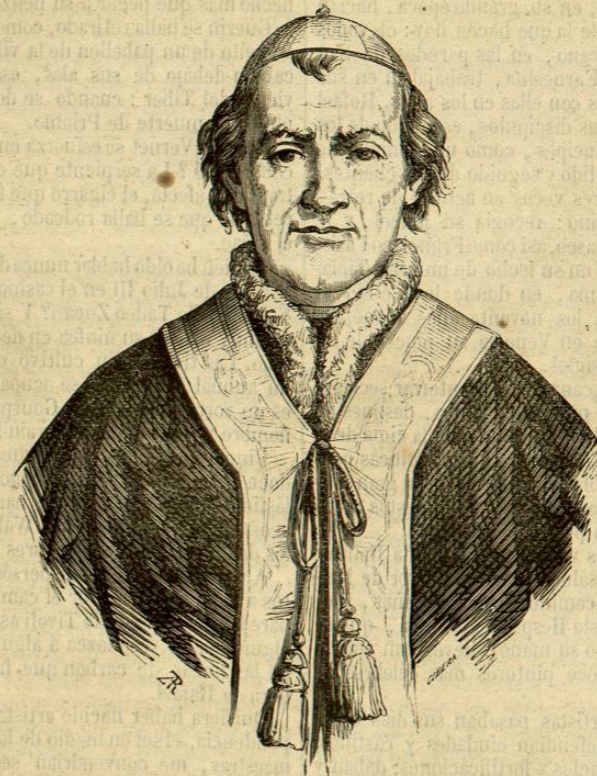
habria entonces algun encanto en el mal humor: domina uno mas por sus defectos que por sus cualidades.

El Sr. de Labrador, embajador de España, hombre fiel, habla poco, se pasea solo, piensa mucho, ó no piensa nada, cosa que no he podido saber á punto fijo.

El anciano conde Fuscaldo representa á Nápoles, como el invierno representa á la primavera. Tiene un gran cartapacio de carton, sobre el cual estudia con anteojos, no los campos de rosas de Pæstum, sino

los nombres de los extranjeros sospechosos cuyos pasaportes no debe visar. Envidio su palacio (Farnesio), admirable estructura no concluida, que Miguel Angel coronó, que pintó Anibal Carraccio ayudado de su hermano Agustin, y bajo cuyo pórtico se eleva el sarcófago de Cecilia Metella, que nada ha perdido en el cambio de mausoleo. Fuscaldo, en arameles de espíritu y de cuerpo, tiene, segun dicen, una querida.

El conde de Celles, embajador del rey de los Países



LEON XII, PAPA.

ses Bajos, se habia casado con la señorita de Valence, hoy difunta, de la que tuvo dos hijas, que por consiguiente son nietas de Mad. de Genlis. Mr. de Celles ha permanecido prefecto, porque lo fue: carácter que participa del de locuaz, tiranuelo, reclutador é intendente, que nunca se pierde. Si se tropieza con un hombre que en vez de hablar de fanegas, tosas y pies habla de hectáreas, metros y decímetros, ese es un prefecto.

Mr. de Funchal, embajador semi-declarado de Portugal, es rechoncho, vivaracho, amigo de hacer gestos, verde como un mono del Brasil, y amarillo como una naranja de Lisboa: canta, no obstante, á su negra este nuevo Camoens. Muy aficionado á la música, tiene á sueldo una especie de Paganini mientras aguarda la restauracion de su rey.

Por aquí y por acullá he visto ministros perillanes de diferentes Estados pequeños escandalizados del poco caso que hacia yo de mi embajada: su importancia abrochada, estirada, silenciosa, caminaba con las piernas juntas y á pasos cortos: parecia que iba á reventar con secretos que no sabe.

#### LOS ARTISTAS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Embajador de Inglaterra en el año de 1822, busqué los sitios y los hombres que habia conocido en otro tiempo en Londres en 1793: embajador cerca de la Santa Sede en 1828, me apresuré á recorrer los

palacios y las ruinas, y á preguntar por las personas que habia visto en Roma en 1803: de los palacios y de las ruinas encontré muchos; de las personas pocas.

El palacio Lancelotti, alquilado en otro tiempo al cardenal Fesch, se halla ocupado actualmente por sus verdaderos dueños, el principe de Lancelotti y la princesa, hija del principe Massimo. La casa en donde vivió Mad. de Beaumont, en la plaza de España, ha desaparecido. En cuanto á Mad. de Beaumont, fué á habitar su último asilo, y he orado con el papa Leon XII sobre su tumba.

Canova se ha despedido tambien del mundo. Le visité dos veces en su taller en 1803, y me recibió con el mazo en la mano. Enseñóme con el aire mas sencillo y dulce su enorme estatua de Bonaparte, y su Hércules arrojando á Lycas en las aguas: queria convencer de que podia llegar á la energía de la forma, pero aun entonces mismo se negaba su cincel á profundizar la anatomía, y á pesar suyo se revelaba la ninfa en las carnes, y se encontraba la Hebe bajo las arrugas de sus ancianos. He encontrado en mi camino al primer escultor de mis tiempos, que ha caído de su cadalso como Goujon de su cadalso del Louvre: la muerte está allí siempre para continuar la eterna jornada de San Bartolomé y derribarnos con sus flechas.

Pero quien vive aun, con gran placer mio, es mi anciano Bognet, el decano de los pintores franceses en Roma. Por dos veces ha intentado abandonar su

amados campos, llegando hasta Génova; pero le faltó el corazón, y regresó á su hogar adoptivo. Yo he mirado por él en la embajada, igualmente que por su hijo, á quien profesa el cariño de una madre. He vuelto á principiar con él nuestras antiguas excursiones, y solo echo de ver su vejez en la lentitud de sus pasos; siento una especie de enternecimiento contrahaciendo el joven y midiendo mis pasos por los suyos. Nosotros no tenemos ya, ni uno ni otro, mucho tiempo para ver correr el Tiber.

Los grandes artistas, en su grande época, hacían una vida muy distinta de la que hacen hoy: clavados en las bóvedas del Vaticano, en las paredes de San Pedro, ó en las de la Farnesina, trabajaban en sus obras maestras colgados con ellas en los aires. Rafael caminaba rodeado de sus discípulos, escoltado de los cardenales y de los príncipes, como un senador de la antigua Roma, precedido y seguido de sus clientes. Carlos V se puso por tres veces en actitud de retratarse delante del Ticiano: recogía su pincel, y le cedía la derecha en el paseo, así como Francisco I asistía á Leonardo de Vinci en su lecho de muerte. Ticiano fué en triunfo á Roma, en donde le recibió el inmenso Buonarrotti: á los noventa años manejaba Ticiano con pulso firme en Venecia su pincel de un siglo; vencedor de los siglos.

El gran Cúque de Toscana hizo desenterrar secretamente á Miguel Angel, muerto en Roma, despues de haber colocado á los ochenta y ocho años la cima de la cúpula de San Pedro. Florencia, con magníficas exequias fúnebres, expió sobre las cenizas de su gran pintor el abandono en que habia dejado los restos mortales de Dante, su gran poeta.

Velazquez visitó dos veces la Italia, y la Italia se levantó dos veces para saludarle: el precursor de Murillo volvió á tomar el camino de las Españas, cargado de los frutos de esta Hesperia ausónica, que se habian desprendido bajo su mano: llevóse un cuadro de cada uno de los doce pintores mas célebres de aquella época.

Aquellos célebres artistas pasaban sus dias entre aventuras y fiestas: defendían ciudades y castillos; construían iglesias, palacios y fortificaciones; daban y recibían sendas estocadas; seducían mujeres; se refugiaban en los claustros, y eran absueltos por los papas y salvados por los príncipes. En una orgia referida por Benvenuto Cellini se ven figurar los nombres de Miguel Angel y de Julio Romano.

Hoy está muy cambiada la escena: los artistas en Roma viven pobres y retirados. Quizá haya en esta vida una poesía que equivalga á la primera. Una asociación de pintores alemanes ha emprendido hacer remontar la pintura al Perugino para devolverle su inspiración cristiana. Estos jóvenes neófitos de San Lucas pretenden que Rafael, en su segundo estilo, se habia vuelto pagano, y que su talento ha degenerado. Enhorabuena: ¡seamos paganos, como las vírgenes rafaélicas, y que nuestro talento degeneren y se debiliten como en el cuadro de la Transfiguración! Este error honroso de la nueva escuela sagrada no deja de ser un error: de ahí se inferiría que la rigidez y el mal dibujo de las formas sería la prueba de la visión instintiva, mientras que esa expresión de fe, que se nota en las obras de los pintores que preceden al Renacimiento, no proviene de que los personajes se hallen colocados derechos é inmóviles como eslinges, sino de que el pintor creía como su siglo. No es religiosa su pintura, sino su pensamiento; cosa tan cierta, que la escuela española es eminentemente piadosa en sus expresiones, no obstante de tener las gracias y los movimientos de la pintura desde el Renacimiento. ¿De qué procede eso? De que los españoles son cristianos.

Voy á ver trabajar separadamente á los artistas: el alumno escultor vive en alguna gruta bajo las verdes

encinas de la villa Médicis, en donde concluye su niño de mármol, que hace beber á una serpiente en una concha. El pintor habita una casa ruinosa en algun punto desierto, y le encuentro solo, tomando, á través de su ventana abierta, alguna vista de la campiña romana. La Salteadora de Mr. Schuetz se convierte en la madre que pide á una Madona la curación de su hijo. Leopoldo Robert, de vuelta de Nápoles, ha pasado estos últimos dias por Roma, llevándose los paisajes encantados de aquel hermoso clima, que no ha hecho mas que pegar á su lienzo.

Guerin se halla retirado, como una paloma enferma, á lo alto de un pabellón de la villa de Médicis: con la cabeza debajo de sus alas, escuchaba el ruido del viento del Tiber: cuando se despierta, dibuja con la pluma la muerte de Priamo.

Horacio Vernet se esfuerza en cambiar su estilo: ¿lo conseguirá? La serpiente que enrosca á su cuello, el traje que afecta, el cigarro que fuma, las caretas y floretes de que se halla rodeado, recuerdan demasiado el vivac.

¿Quién ha oído hablar nunca de mi amigo Mr. Quecq, sucesor de Julio III en el casino de Miguel Angel, de Vignole y de Tadeo Zucari? Y sin embargo ha pintado no muy mal en su nifea en decreto la muerte de Vitelio. Las tierras sin cultivo están frecuentadas por un animal astuto que se ocupa en cazar Mr. Quecq; es un zorro, biznieto de Gourpil-Renari, primero del nombre y sobrino de Isengrain-le-Loup.

Pinelli, entre dos embriagueces, me ha prometido doce escenas de bailes, de juegos y de ladrones. Es una lástima que deje morir de hambre á su gran perro acostado á la puerta. Thor Waldser y Carnuccini son los dos príncipes de los pobres artistas de Roma.

A veces esos artistas dispersos se reúnen y van juntos á pié á Subiaco. Por el camino pintarrajean en las paredes de la posada de Tivoli asuntos grotescos. Quizá algun día se reconozca á algun nuevo Miguel Angel en las líneas de carbon que haya trazado sobre una obra de Rafael.

Quisiera haber nacido artista: la soledad, la independencia, el sol en medio de las ruinas y de las obras maestras, me convendrían seguramente. No tengo necesidad ninguna: un pedazo de pan y un cántaro del agua felice me bastarían. Mi vida ha estado pegada miserablemente á los matorrales de mi camino; ¡feliz yo si hubiese sido el ave libre que canta y hace su nido en esos matorrales!

Nicolas Poussino compró con el dote de su mujer una casa sobre el monte Pincio enfrente de otro casino que habia pertenecido á Claudio Gelée, llamado el Lorenés.

Mi otro compatriota, Claudio, murió también sobre las rodillas de la reina del mundo. Si Poussino reproduce la campiña de Roma, aun cuando la escena de sus paisajes se halle en otra parte, el Lorenés reproduce el celaje de Roma, aun cuando pinta buques y un sol ocultándose en el mar.

¡Que no haya sido yo el contemporáneo de ciertas criaturas privilegiadas hácia las que siento atractivo en los diferentes siglos! Pero me hubiera sido preciso resucitar con demasiada frecuencia. El Poussino y Claudio el Lorenés han pasado al Capitolio; reyes han ido allí que no valían lo que ellos. De Broesses encontré allí al pretendiente de Inglaterra; yo encontré en 1803 al rey de Cerdeña que abdicó, y hoy, en 1828, hallo al hermano de Napoleon, rey de Westfalia. Roma abatida ofrece un asilo á los poderes caídos: sus ruinas son un lugar de franquicia para la gloria perseguida y los talentos desgraciados.

ANTIGUA SOCIEDAD ROMANA.

Si hubiese pintado la sociedad de Roma hace una

cuarta parte de siglo, como he pintado la campiña romana, me veria precisado á retocar mi retrato: no sería ya parecido. Cada generación es de treinta y tres años; la vida de Jesucristo (Jesucristo es el tipo de todo), y cada generación en nuestro mundo occidental varia su forma. El hombre está colocado en un cuadro, cuyo marco no cambia, pero en el que los personajes son movibles. Rabelais estaba en esta ciudad en 1536 con el cardenal Bellay, de quien era maestra sala: su oficio era *trinchar y presentar*.

Rabelais, transformado en hermano Juan des Entommeures, no es del parecer de Montaigne, que casi no ha oído campanas en Roma, y de todos modos muchas menos que en cualquiera aldea de Francia: Rabelais, por el contrario, oyó muchas en la isla Sonante (Roma), dudando que fuese Dodona con sus calderos.

Cuarenta y cuatro años despues de Rabelais encontró Montaigne plantadas las orillas del Tiber, y nota que el 16 de marzo habia rosas y alcachofas en Roma. Las iglesias estaban desnudas, sin estatuas de santos ni cuadros, y no estaban tan adornadas ni tan bellas como las de Francia. Montaigne se hallaba acostumbrado á la *sombria inmensidad de nuestras catedrales góticas*: habla muchas veces de San Pedro sin describirlo, mostrándose insensible ó indiferente á las artes. En presencia de tantas obras maestras ningun nombre se presenta al recuerdo de Montaigne: su memoria no le habla de Rafael, ni de Miguel Angel, muerto no hacia aun diez y seis años.

Por lo demás, las ideas sobre las artes, sobre la influencia filosófica de los genios que las han engrandecido ó protegido, no habian nacido aun. El tiempo hace para los hombres lo que el espacio para los monumentos: no se juzga bien de unos sino á distancia y bajo el punto de la perspectiva: demasiado cerca no se les ve; demasiado lejos tampoco.

El autor de los *Ensayos* no buscaba en Roma mas que la Roma antigua. «Los edificios de la Roma bastarda, dice, que se ven ahora unidos á estas ruinas, aunque sean para admirar á nuestros siglos presentes, me hacen recordar los nidos que los gorriones y cornejas suspenden en Francia de las bóvedas y paredes de las iglesias que los hugonotes acaban de demoler.»

¿Pues qué idea se formaba Montaigne de la antigua Roma cuando consideraba á San Pedro como un nido de gorriones suspendido de las paredes del Coliseo?

El nuevo ciudadano romano, por bula auténtica del año 1584, despues de Jesucristo, habia notado que las romanas no llevaban antifaz ó careta como las francesas: se presentaban en público cubiertas de perlas y pedrerías; pero llevaban la *cintura demasiado floja*, y se asemejaban á mujeres en cinta. Los hombres iban vestidos de negro, y aun cuando fuesen duques, condes y marqueses, tenían las *apariencias algo groseras*.

¿No es singular que San Gerónimo haya notado el modo de andar de las romanas, que las hacía asemejarse á mujeres en cinta, *solutis genibus fractus incessus*, de rodillas vacilantes y pasos inseguros?

Casi todos los dias cuando salgo por la puerta Angélica, veo una casa miserable bastante cerca del Tiber, con una muestra francesa alumada, representando un oso: allí fue donde Miguel, señor de Montaigne, desembarcó al llegar á Roma, no lejos del hospital que sirvió de asilo á aquel pobre loco, hombre formado á la *poesía antigua y pura* á quien Montaigne habia visitado en su *jaula* de Ferrara, y que le inspiraba *mas despecho que compasión*.

Fue un acontecimiento memorable, cuando el siglo xvii comisionó á su mejor poeta protestante y á su genio mas grave para visitar en 1638 la gran Roma católica. Recostada en la cruz, con los dos testamentos en sus manos, y teniendo tras de sí las generaciones culpables salidas de Eden, y delante las generaciones rescatadas procedentes del jardín de las Olivas,

decía al hereje nacido de ayer:—«¿Qué quieres de tu antigua madre?»

Leonora la romana encantó á Milton. ¿Se ha visto nunca que Leonora se encuentre en las *Memorias* de Mad. de Motteville, ni en los conciertos del cardenal Mazarino?

El orden de fechas conduce al abate Arnauld á Roma despues de Milton. Aquel abate, que habia empuñado las armas, refiere una anécdota curiosa por el nombre de uno de los personajes, al mismo tiempo que recuerda las costumbres de las cortesanas. El héroe de la *fábula*, el duque de Guisa, nieto del Acuchillado, yendo en busca de su aventura de Nápoles, pasó por Roma en 1647: allí conoció á la Nina Barcarola. Maison-Blanche, secretario de Mr. Deshayes, embajador en Constantinopla, quiso ser rival del duque de Guisa; pero le salió mal la cuenta, porque substituyeron (era de noche, y en una alcoba sin luz) una horrible vieja á Nina. «Si por una parte fue grande la risa, la confusión fue por otra tanta como se puede imaginar. Habiéndose escapado con gran trabajo el Adonis de los brazos de su deidad, huyó desnudo de aquella casa como si el diablo le fuese á los alcances.»

El cardenal de Retz nada enseña sobre las costumbres romanas. Prefirió á Coulanges y sus dos viajes en 1656 y 1689, en que celebra aquellas *viñas* y aquellos *jardines* cuyos nombres solos son un encanto.

En el paseo á la *Porta Pia* encuentro casi todas las personas citadas por Coulanges: ¿á las personas? ¡No! á sus nietos y nietas.

Mad. de Sevigné recibe los versos de Coulanges, y le responde desde el castillo de las Rocas, en mi pobre Bretaña, á diez leguas de Combourg: «¿Qué triste residencia al lado de la vuestra, mi amable primo! Bien que conviene á una solitaria como yo, así como la de Roma á aquel cuya estrella es errante. ¿Qué dulcemente os ha tratado la fortuna, como vos decís, aun cuando os haya hecho alguna mala pasada!»

Entre el primer viaje de Coulanges á Roma, en 1656, y el segundo, en 1689, habian trascurrido treinta y tres años. Yo no cuento sino veinte y cinco perdidos desde mi primer viaje á Roma en 1803 hasta mi segundo en 1828. Si hubiese conocido á Mad. de Sevigné, la habria curado de la pena de vejetar.

Spon, Misson, Addison siguen sucesivamente á Coulanges. Spon con Wheller, su compañero, me han servido de guía en las ruinas de Atenas.

Es curioso leer en Dumont cómo se hallaban dispuestas en la época de su viaje en 1690 las obras maestras que admiramos. Véanse en el Belvedere los rios del Nilo y del Tiber, el Antinóo, la Cleopatra, el Laocoonte, y el supuesto Torso de Hércules. Dumont coloca en el jardín del Vaticano los *pavos reales de bronce que estaban en el sepulcro de Scipion el Africano*.

Addison viaja á *lo estudiante*, y su excursion se reasume en citas clásicas que llevan el sello de recuerdos ingleses: al pasar por Paris ofreció sus poesías latinas á Mr. Boileau.

El padre Labat sigue al autor de Caton: es un hombre singular ese fraile parisiense del orden de predicadores. Misionero en las Antillas, filibustero, hábil matemático, arquitecto y militar, diestro artillero que asataba el cañon como un granadero, crítico erudito, que puso á los dieppeses en posesión de su descubrimiento primitivo en Africa, tenía el ánimo inclinado á la zumba y el carácter á la libertad. No sé de viajero alguno que dé nociones mas claras y exactas sobre el gobierno pontificio. Labat recorre las calles, va á las procesiones, se mezcla en todo, y se burla casi de todo.

El hermano predicador refiere que en los capuchinos en Cádiz le dieron sábanas nuevas hacia diez años, y que vió un San José vestido á la española, con espada á la cintura, sombrero debajo del brazo, cabellos